

PRECIO EN MADRID.

Por un mes: 4 reales..
Por tres id. 11

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consistió en que Rigoletto visitará al público seis veces al mes.

La manera menos sensible de hacer la suscripción es anticipando su pago, en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de estos sino viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las cobas de tolerancia.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses: 12 reales.
Valiéndose de comisionados. 14

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses: 80

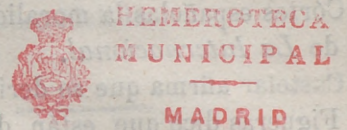
REDACCION Y ADMINISTRACION.

Calle de Gitanos, núm. 11, principal.

NOTAS.

La palabra (progresista) colocada entre paréntesis á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

RIGOLETO.



PERIODICO (PROGRESISTA.) SEGUNDA EPOCA.

SALE LOS DIAS 5, 10, 15, 20, 25 Y 30 DE CADA MES.

LA INTERNACIONAL.

Háse dicho mas de una vez, y los comuneros de Paris lo han proclamado con el petróleo en la mano, que el hombre desciende del mono, ¿Será verdad?

Lllaman á mi puerta, ¿quién es?
--La Internacional.

Contemplemos de frente á esta bestia, procurando ensayar una sonrisa de horror.

Ha dicho Moya, el director de Agricultura, cuyos bigotes de gendarme me hacen feliz, que el bello ideal de la felicidad humana consiste en la mayor suma de goces, de comodidades y de bienestar.

De esta soberana máxima de filosofía... animal, deduce RIGOLETO las siguientes consecuencias:

Primera, que si solos los goces y la comodidad forman el bello ideal de la felicidad humana, tambien forman el de la felicidad del mulo.

Y segunda, que un director de Agricultura que coloca al hombre al nivel del mulo, merece el puesto de delantero en el carro de la revolucion.

Pero ¡oh! grandeza de Moya.

¿Quién le habia á él de haber dicho que de una máxima arrancada de la ciencia de la crianza y fomento de los animales de cuatro piés habia de haber hecho la humanidad todo un programa de educacion y de gobierno!

Y aquí tiene la palabra *La Internacional*.

Abriendo su boca de lobo y teniendo á la vista la máxima de Moya, ha racionado así:

«El bello ideal de la felicidad humana consiste en la mayor suma de goces y comodidades.

Es así, que la mayor suma de goces y comodidades está representada por estas cantidades: comer, divertirse y no trabajar,

Y es así que la libertad liberal nos concede á los hombres los mismos derechos que al mulo,

Luego tenemos aptitud perfecta para realizar el bello ideal de nuestra felicidad.»

Siendo estos los fines de *La Internacional*, claro es que hallar los medios para realizarlos no debió ser empresa tan difícil como un arco de romanos.

Discurramos sobre los medios.

Para comer y no trabajar es preciso tener. El que no tiene y no trabaja solo puede comer de una sola manera, robando.

Pero el verbo robar tiene tres bemoles: es preciso sustituirle con el verbo repartir.

Declaremos con Proudhon ladrones á todos los propietarios y carguémonos con sus rentas á título de repartidores.

Hagamos la ley.

Artículo primero. Queda abolida la propiedad individual.

Artículo segundo. Queda abolido el derecho de testar.

Artículo tercero. No se reconoce mas propiedad que la colectiva.

Y aquí tenemos ya las primeras bases del futuro estado social ó lo que es lo mismo del futuro Despeñaperros.

Pero comer y no trabajar no constituyen de una manera completa el bello ideal de la felicidad.

Es preciso añadir á esto alguna diversion. Porque ¿qué sería del mulo si no se divertiera?

Volvamos, pues, á discurrir.

En primer lugar, la religion no es una zarzuela bufa que se presta á divertir al que come bien y no trabaja.

El cristianismo es la religion del dolor, ha dicho alguno. Y el dolor no es buen compañero de la vida alegre.

El cristianismo proclama la virtud, que es senda llena de asperezas: enfrena la razon que es don que se prostituye; y enciende la conciencia que es luz que apagan el vicio y el crimen.

¿Y podría divertirse uno que come y no trabaja practicando la virtud, ilustrando su razon

con la moral divina y teniendo siquiera un poco de conciencia?

Nada, nada para realizar el bello ideal de la felicidad del mulo hace falta otro artículo en la ley.

Allá vá.

Artículo cuarto. Abolicion de la religion.

El filósofo anti-católico Ayme Martin escribió esta máxima:

«El ateo solo se distingue de las bestias en la facultad de negar.»

De donde infiero yo que somos muchos los que opinamos que la escuela de Moya y la de *La Internacional* son escuelas para cuadrúpedos.

Pero negando á Dios, aboliendo la religion y suprimiendo la conciencia todavia no se puede divertir el mulo bastante.

La familia es una institucion que acibara la risa, que envenena la alegría y que pone sobre el cuello el yugo de opresoras obligaciones.

El matrimonio es el suicidio del amor.

¡Estar condenado siempre á vivir con la misma mujer, á guardarla fidelidad, lo mismo cuando es jóven que cuando es vieja, lo mismo cuando tiene el cútilis de color de rosa que cuando se le vuelve de pergamino, lo mismo cuando tiene la dentadura completa que cuando enseña dos ó tres portillos, martirio es que no puede sufrir con paciencia el animal que come y no trabaja.

Y luego ¡los hijos! Criar á los hijos, educarlos, establecerlos. ¿Hay tarea mas enojosa y menos divertida?

Mas alegre, mas dichosa puede cruzar la vida del animal, haciendo del amor una orgía, de la mujer una concubina universal, y de los hijos una manada de granujas que se espulguen las liendres al sol.

Porque el sistema turco no es perfecto todavia en razon á que la mujer y los hijos tienen algunos derechos, y el bello ideal de la felicidad del mulo exige que la mujer no tenga derechos y que los hijos pierdan hasta el nombre

de pila, debiendo llamarse en lo sucesivo el ciudadano número uno ó el ciudadano número ciento.

Claro es que para completar los medios de realizar el bello ideal de la felicidad del mulo hacian falta en la ley otros dos artículos.

Hélos aquí:

Artículo quinto. Abolicion de la familia.

Artículo sexto. Formacion del matrimonio bajo la base del amor.

Y aquí paz y despues... el diluvio.

Tal es el programa de *La Internacional*.

Naturalmente un programa como este, si puede estremecer de horror y de indignacion á los hombres de bien, por fuerza tiene que merecer el aplauso de todos los que se graduan de bribones, de haraganes y de tunantes.

Despues de todo creo firmemente que hay algo mas horrible que *La Internacional*.

Bajo la monarquía de D. Amadeo, á la faz de la Europa civilizada, y en la plenitud del progreso democrático, discuten en estos momentos las Córtes españolas la moralidad de las doctrinas de *La Internacional*.

Castelar afirma que se derivan del Evangelio: Figueras dice que están dentro del código fundamental y Garrido aulla que si Jesucristo viviera seria el primer internacionalista.

Lloraríamos de risa sino fuera porque la prostitucion y las desdichas de la patria merecen llorarse con lágrimas de sangre.

¡Comparar á Jesús con los ladrones y asesinos de París! Era lo único que le faltaba á la revolucion española para ser la cosa mas infame y ruin que se puede decir ni pensar.

Con razon está escandalizada la Alemania de las barbaridades y desatinos de ese monton de estiércol, animado por la soberbia y el orgullo que se llama Castelar.

Con razon ha dicho un periódico prusiano: «Que le movia á compasion un país donde se aplauden con frecuencia las sandeces de tal hombre.»

Pedid, doctrinarios, pedid para esos blasfemos, para esos ateos inmundos una corona de laurel.

Seguid, seguid clases llamadas conservadoras escuchando impávidas vuestra sentencia de muerte, pronunciada á compás de las blasfemias de los que minan el edificio social.

Llegará el día del peligro y de los remordimientos.

¡Dios salve á España!

¡Cúmplase la justicia de Dios!



SEVERO CATALINA.

El día 18 del actual entregó su alma á Dios este varon insigne, á quien las letras y las ciencias otorgaron su privanza y en quien el catolicismo, fuente inagotable de verdad y de hermosura, tuvo uno de sus defensores ferventísimos.

No puede, no, el autor de estas líneas hacer la necrología del amigo malgrado, cuyo espíritu descansará ya en la mansion de la inocencia y de la gloria. Impídeselo el dolor ardiente que engendra en su alma la consideracion de esta pérdida, que priva á la patria, á la sociedad y á la familia de uno de sus miembros mas

ilustres, nacidos para ser honor de su tiempo y glorias permanentes de la humanidad.

Para aquellos que conocian á fondo el génio superior y la vasta capacidad del hombre cuya muerte lloramos con lágrimas amargas los que poseimos en vida el alto don de su amistad, no pueden tener novedad los elogios que se le tributan. A los treinta y ocho años de su edad, fecha en que ha acaecido su muerte, puede decirse que lo habia leído todo y que lo sabia todo. Tenia en su pensamiento la llave de todos los misterios y de todos los problemas de las ciencias: y era tan familiar para él la belleza del arte que fluía insensiblemente de sus labios, hasta en la conversacion ordinaria, impregnando su palabra de encantos seductores.

Exaltado á los primeros puestos del Estado, durante el último periodo del reinado de doña Isabel, demostró que era digno de tan altas distinciones, manteniéndose siempre en el nivel de su modestia y de su sabiduría. Ministro de Marina y despues de Fomento, la altura de su posicion no engendró en su alma cristiana ni vértigos ni desvanecimientos, ni podria registrarse un solo rasgo de su carácter que le acusara de infatuacion y de vulgaridad. Las puertas de su despacho estaban siempre singuardas, con detrimento de su salud; y grandes y pequeños, pobres y ricos, sábios ó ignorantes, tenían el mismo acceso á la presencia del magistrado de la nacion, el cual practicaba así la única, la verdadera democracia, que no es por cierto la que enseñan los liberales del día, sino la que enseñó el Divino Maestro.

Y si esto fué en el ministerio el malgrado Catalina, en el trato social, en el hogar doméstico, jamás desmintió sus condiciones de bondad y sencillez. Indulgente para todas las faltas, tolerante para todas las opiniones, dotado de una ingenuidad casi seráfica, era hombre á quien enternecía la sonrisa de un niño y á quien los arranques de vanidad no privaron nunca de estrechar la mano de los seres mas humildes y de mantener el honesto comercio de la amistad con las personas inferiores.

Hace dos meses, el 20 de Agosto próximo pasado, encontráronse en la Plaza Real de Pau, (Francia), el autor de estas líneas y el ilustre repúblico que acaba de fallecer. Ambos habian ido á las Aguas Buenas á restaurar su salud quebrantadísima y ambos regresaban con escaso alivio de sus dolencias. Convidando la temperatura á pasear y hallándose solos en país extranjero, comenzaron á departir sobre las desventuras de la patria, cuyas fronteras se destacaban al Occidente, cortado por las moles enormes de la cordillera pirenaica. En presencia de la estatua de Enrique IV, fundador de la casa de Borbon, y despues de haber examinado los bajos relieves del pedestal, elaborados con injuria del arte, no pudieron menos de recordar tristemente las desdichas que pesan sobre todos los individuos de la familia de Borbon, desposeidos de su derecho, de sus tronos y hasta del patrimonio legado por sus mayores, viendo sus Estados en poder de la usurpacion y á sus pueblos víctimas de las concusiones de la iniquidad.

A este propósito, el Sr. Catalina que, como hombre consecuente era partidario de Doña Isabel, aunque con opiniones carlistas, exclamó con tono profético, recordándome un gran pensamiento de Chateaubriand.

—Vendrán días peores todavía, porque hoy toda carne ha perdido su camino; pero de haber

remedio saldrá de la Iglesia, y sino nó le habrá.

¡Alma bizarra y generosa que ha volado al cielo sin tener la dicha de conocer la redencion de su patria, objeto de su veneracion y de su acrisolado civismo!

Una vida consagrada á la sabiduría y á la virtud no podia menos de tener el fin de una muerte santa y ejemplar.

Severo Catalina ha muerto abrazado á un erucifijo, pidiendo al Papa, de quien tantas distinciones ha merecido en vida, su paternal bendicion, recitando con grande uncion las oraciones de la Iglesia, escribiendo de su puño en la misma hora de su agonía su memoria testamentaria, en que ordena muy especialmente á su hermano que proteste en su nombre *ad cautelam* de todo pensamiento hablado ó escrito que haya podido abrigar disconforme con la Iglesia de Dios: en una palabra, ha muerto con la serenidad del justo á quien conforta la alegría de la buena conciencia.

Sicut vita, finis ita.

Nos deja un alto ejemplo que imitar el hombre de la sabiduría: nos deja un alto ejemplo que imitar el hombre del dolor. Digno es, pues, de merecer las consagraciones de gratitud de la humanidad.

¡Dichoso aquel que puede y quiere seguir tan santa senda, áspera en la vida, pero llena de flores inmarcitas en la muerte!

Ante la luz de los consuelos inefables de la religion se apaga el dolor.

Profunda es la espina que llevan en su pecho la atribulada esposa, la cariñosa familia y los amigos del hombre que acaba de abandonar este valle de lágrimas; pero en manos de Dios todas las heridas se suavizan.

Si Él ha otorgado á aquel hombre probado y valeroso la bienaventuranza ¿qué mayor corona? Oremos por él y bendigamos su memoria.

LETRILLA DE PESCADO.

Sigue *La Internacional*

dando á menudo funciones,
alimentando ilusiones
á costa del capital;
y mientras ella alucina
prosélitos á millares,
va la gente sagastina
pregonando: ¡Calamares!

Dice *La Correspondencia*,

¡lo que miente este papel!
que á convertirse en pastel
va pronto la disidencia
de Zorrilla y de Sagasta
despues de tantos pesares:
mas la gente que humos gasta
va gritando: ¡Calamares!

Y dice D. Amadeo,
viendo el belén que hay aquí:

¿Pero quién me mete á mí
en medio de este jaleo?
Yo salgo pronto pitando,
que no quiero Miramares:
y va Mochales gritando:
¡Calamares! ¡Calamares!

Y dice en tono severo

La Internacional bendita:
que ella tan solo se agita
por hacer rico al obrero.

Y así que todos lo sean
¿qué harán los *particulares*?
Ya los oigo que vocean:
¡Calamares! ¡Calamares!

Diz que vuelve Montpensier
á trabajar por el momio.
No hay siquiera un manicomio
que le sirva de placer?
¡Si será esto alguna bola
de motines militares!
Ya grita la gente toda:
¡Calamares! ¡Calamares!

Sagasta no suelta el cabo,
Zorrilla está sobre aviso:
la cosa no lleva viso
de mostrar cual es mas bravo.
Los dos de distintos modos
condimentan sus manjares,
pero en tanto gritan todos:
¡Calamares! ¡Calamares!

Sin rezarle ni á San Álvaro
en estas cuestiones prácticas,
dicen que vuelve á sus tácticas
la gente, pues, de Vicalvaro.
Podrá ser, yo no lo niego,
¡pero habrá tantos azares!
Porque cuando griten: ¡fuego!
otros dirán: ¡Calamares!

Esto se marcha de cierto,
y aunque el progresista grite
no vendrá quien rescuite
al muerto, que está bien muerto:
Por eso, y es la verdad,
deben volverse á sus lares,
y en vez de moralidad
gritar allí: ¡Calamares!

EL CAÑÓN DE BARBA AZUL.

Se presta á profundas meditaciones un hecho extraordinario de nuestra historia contemporánea, que está causando viva sensación, tanto por lo raro que es en sí, cuanto porque está siendo la causa de grandes peligros que acaso concluyan en inmensos desastres.

Grande es la responsabilidad que contraerán nuestros hombres pensadores, y mas grande la que les tocará á nuestras eminencias militares si no descubren y ponen en claro el fenómeno que nos ocupa y que, como los cometas, parece que trae un rabo muy largo.

Enamorados de la idea, y casi seguros de prestar un especial servicio á la patria, hemos tomado hoy la pluma con objeto de desentrañar este misterio que está atolondrando los caletres progresistas que se dan de calabazadas sin descubrir el mas pequeño rayo de luz.

Algunos están tan desesperados de alcanzar la causa de este milagro que creen que aunque almorzaran siete veces seguidas, se quedaban lo mismo: y cuidado que los progresistas, despues de almorzar, compiten con Aristóteles y Platon; discurren lo mismo que mangas de riego.

El fenómeno de que nos ocupamos y se ocupará la historia como de uno de los inventos del siglo XIX es el cañon de los moros de Melilla, problema insojuble para la ciencia y misterio inesplicable para todos.

Supongan ustedes que es un cañon progresista, es decir, un mamarracho: tiene tres siglos de existencia, ó como si dijéramos es mas viejo que las palmas de Calamares: está roto

y carcomido como la conciencia de Escoda, con el oido postizo como los de Bassols, y apunta y no dá como Becerra en sus discursos filosófico-militares-barricaderos.

Es un cañon solo comparable con la carabina de Ambrosio, ó á la de la Llave y no decimos de Rivero porque este no está por los carabineros.

Es un cañon que de puro viejo no se tiene de pié, y sin embargo Melilla está consternada bajo los tiros de ese terrible mónstruo.

Ciento veinte cañones hay en Melilla, y entre todos ellos y la excelente y acreditada puntería que los dirige, no pueden apagar los fuegos del marroquí.

Estamos seguros que no son progresistas los que apuntan, porque estos le hubiesen metido una bala por la boca. Son inimitables para atinar á la boca.

No sabemos qué cañon es este, pero debe ser un cañon que tira por la izquierda, por la derecha, por delante, de flanco y á retaguardia: como aquel andaluz que decia: «yo echo fuego por toas partes.»

Lo que sabemos es que las balas llueven en Melilla, que las gentes no pueden salir á la calle, que hasta sirven de morcilla para los perros, y que hasta aquella terrible marina de Cádiz, arroja metralla contra el cañon que por lo visto se ha declarado inviolable.

Bien pueden venir los rusianos con sus cañones Krupp á aprender los adelantos de los riffeños: estos si que han llevado la artillería á la última perfeccion: con un cañon casi de guta-percha tienen acorralados á 120 cañones servidos por gente que lo entiende.

¿Si será este el cañon de Barba-Azul?

Hombre ¿por qué no envian á los voluntarios de Pozoblanco, que tienen otro cañon, para ver si ha sacado la misma gracia?

En esto de cañones, donde menos se piensa salta una bomba.

¿Si será algun cañon de órgano que lo dispararán con algun fuelle?

¿Si será cañon de alguna chimenea y por eso tiene esos humos?

¿Si será cañon de alguna bomba y por eso escupe tanto?

¿Si será el hombre-cañon, y por eso discurre con tanto acierto.

¿Si será el cañon del sombrero de copa de D. Vicente Rodriguez, que alarga mucho, á juzgar por lo largo?

No, no es posible discurrir qué clase de bicho es este, que si llega á hacer cria y á presentar otros cuantos animalitos de su especie, no van á quedar ni los rabos de Melilla; en fin, yo temo que barra el demonio del cañon hasta la broza de las calles, incluso los progresistas.

A fuerza de meditar he llegado yo á figurarme si será un nuevo caballo de Troya, si dentro de ese cañon viejo estará metido el principe Carlos con los quinientos cañones de Sedan y aquella terrible caballería de hulanos.

Los progresistas, que no transigen con los hulanos porque estos se dedican al merodeo inocente, en cuyo oficio no creian tener rivales, están yéndose á Melilla, á donde al fin tendrían que ir para observar los movimientos y cualidades físicas de ese fenómeno terrestre.

—¡Qué cañon! decia uno de ellos, parece mentira que tanto vomite.

—No es flojo el cañon de tu estómago, le decia otro que vomita mas para adentro.

Indudablemente la ciencia tiene que estudiar mucho este descubrimiento del arte, y Francia, Rusia, Austria, Prusia y hasta Italia deben mandar oficiales inteligentes, mientras nosotros mandaremos á Baldrich y á Bassols, que por la perspicacia y el oido saquen la consecuencia de todo.

¿Pero y si á los moros les da lagana de echar mano del petróleo? Entonces sí que Melilla se convierte en Sodoma, y aunque vaya Moret con todo el humo del tabaco que está en cuestion, no es capaz de desinfectar la atmósfera.

El mejor dia vemos caer las murallas de Melilla al zumbido del cañon marroquí como las de Jericó á los trompetazos de los israelitas.

Nada, este cañon tiene algo gordo que no alcanzamos á ver los mortales, tiene en su vientre alguna mina inagotable de balas y pólvora; lo cierto es que parece tiene el cólera segun lo que vomita. Malas lenguas, sin embargo, dicen, que lo que tiene dentro es una coleccion de grados, cruces, bastones y fajas, que será la última descarga que haga sobre Melilla.

¡Acabáramos!

FISONOSUYA DE LAS CÓRTEES.

Sesion del 18.—Sigue *La Internacional*. El Sr. Garrido tira á un lado su sombrero de paja, ahueca la voz y escupe lo siguiente: *La Internacional* es una sociedad de ángeles. Véase lo que hizo la *Commune* de Paris, y se me dará la razon. ¿Qué quiere *La Internacional*? Robar y matar y no meterse con nadie. Quiere lo que Jesucristo. (Guau, guau). Jesucristo si viviera hoy seria internacionalista. (Só Garrido, só Garrido). Decis que *La Internacional* no quiere nireligion, ni familia, ni propiedad. Hace bien (só Garrido) ¡La religion! ¿Para qué queremos esa farsa? Yo no creo en ninguna religion. Yo no creo en Dios (só Garrido). Hay unas 1.500 religiones, y todavia no se han podido poner de acuerdo. Por eso no lo estoy yo con ninguna. Con que ya lo saben Vds. Yo no tengo religion, ni creo en Dios, y en cuanto á Jesucristo, ¡bien muerto está! (Mirarle las patas, mirarle las patas). En cuanto á suprimir á *La Internacional*, ¿por qué no suprimis á los frailes, á las monjas y á los curas, que son mil veces peores que la *Internacional*? He dicho.

Así se discute en las Córtees españolas. Esto se ha permitido recientemente, dejando el orador blasfemo muy atrás á Suñer, á Quintero y á García Ruiz. Creerán los lectores que un orador semejante es por lo menos digno de... un bozal. Pues no señores: un orador así puede ser con arreglo á la Constitucion presidente del Consejo de ministros, magistrado de la nacion, archipámpano de la democracia. De manera que ahora se ve bien claro si la Constitucion es atea ó no es atea.

El Sr. Nocedal (hijo) pronunció un excelente discurso para condenar las atroces blasfemias de Garrido. Pólvora en salvas. Predicar en desierto. Palabras, palabras y palabras. Desengañém nos: para curar las grandes úlceras del cuerpo no hay mas medicina que el hierro y el fuego. ¿No hay hierro ni fuego? Pues la úlcera no se cura. Gangrenada á fuerza de úlceras está la sociedad española. Medicina de palabras, es medicina de cataplasmas. Hierro, hierro, y solo hierro es lo que puede curar á esta canalla impia, atea, blasfema, que hace tres años avasalla á los buenos, que se ha impuesto á los más con el derecho del puñal y del trabuco. Sino podemos curarnos, sino tenemos á nuestro alcance la única medicina de salvacion, ó lo que es peor, sino queremos arriesgar nada para restaurar á la patria, basta de palabras y de mogigangas. Encerrémonos en nuestros hogares á llorar como mujeres lo que no pudimos defender como hombres, y al menos nos libraremos así de oír uno y otro dia los sarcasmos y los ultrajes de los enemigos de Dios y de su Iglesia.

Sesion del 19.—Rectifica Garrido y confirma sus blasfemias. No creo en Dios, no creo en Dios, grita como un energúmeno. ¿Y qué nos importa á nosotros que no crea usted en Dios? ¿Qué le importa al país que usted piense

«Como un pobre diablo ó como un mulo? Para dar al país enseñanzas del calibre de las que salen del cerebro huero de usted, ¿por qué no se va usted á una taberna, y allí escoje un auditorio digno de recibir el alimento de paja y cebada que nace en el campo de su inteligencia? Si en un teatro se le escaparan á un actor sandeces y blasfemias de cierta especie, subiría el público al tablado y le baldaría á garrotazos. ¿Pues cómo ha de tener un diputado derecho para decir lo que un pueblo culto no podría tolerar al actor mas ramplon y botarga de los que viven de la caratula? O yo estoy borracho ó deben estarlo los que han concedido derechos á ciertos hombres hasta para dar coces, colocándolos al nivel de las caballerías.

Toma la palabra Castelar y defiende *La Internacional*. Hay bárbaros civilizados y Castelar es uno. Castelar no es mas que un Garrido pulimentado, aseado, barnizado, limpio, con quevedos de oro y levita del corte del último figurin. Es el currutaco de la oratoria y el pisaverde de la palabrería. Entre Garrido que aulla, y Castelar que arrulla, y el diablo que muere, me quedo sin los tres. Castelar no es *internacionalista*, no es partidario de las doctrinas de *La Internacional*; pero la defiende. Y la defiende citando al Evangelio, á los padres de la Iglesia y á los apóstoles. Y aquí tienen ustedes á Garrido en cuerpo y en alma, remozado algunos años y con un vestido de sábio irreprochable. De un versículo del Nuevo Testamento, de aquel en que Jesucristo presenta á un jóven lo difícil que es la salvacion del rico, deduce Castelar que la fundacion de *La Internacional* es cristiana, y que Jesucristo dió la ley para la creacion de estas sociedades de ladrones y asesinos. A esta horrible sandez, á esta blasfemia, y lo que es peor á esta brutal falsificacion del texto del libro divino, solo puede contestarse á Castelar lo siguiente: «Es usted un embustero: es usted un falsario: es usted un embeleco de la filosofia, y merecia por su mala fé y por su mal corazon ochocientos pares de azotes.» Pero vaya usted hoy á decir esto á un hombre como Castelar que pasa por sábio, y que cuando abre el pico, deja á la revolucion con un palmo de boca abierta. Y sin embargo lo merece, y estoy por añadir que lo merece mas que una culebra de cascabel.

Porque está probado que las culebras de cascabel no hacen al mundo mas daño que los hombres falsos, embusteros, calumniadores, entremetidos y charlatanes, y Castelar es una de estas sirenas entregadas en cuerpo y en alma al demonio del orgullo y de la vanidad, que no vacilan para agrardarle en hacerse concubina del error y prostitutas de la muchedumbre.

Siendo como es Castelar un Garrido erudito, juzgue el lector si la defensa de *La Internacional* quedaria bien hecha.

Habló como un mirlo y cuatro sándios le rieron las blasfemias. ¡Viva la Pepa y adelante con los faroles!

Sesion del 20.—El Sr. Alonso Martinez, el ex-cómico de Búrgos, que se ha graduado ya de licenciado en todos los partidos políticos que hay en España y que por lo visto se ha plantado en la monarquia de don Amadeo combate á *La Internacional*. Declara y prueba con grande elocuencia que está fuera de la Constitucion, condenada por el Código penal y sentenciada por todas las leyes divinas y humanas. Pulveriza los errores de Castelar y prueba que ha falsificado el texto del Evangelio.

Pide que se reprima á los blasfemos del Congreso con arreglo á la Constitucion y á las leyes. ¡Qué discurso tan elocuente! ¡Qué talento tan privilegiado! ¡Qué ilustracion tan malograda! ¡No es una lástima que hombres que saben discurrir tan bien como el Sr. Alonso Martinez profesen opiniones políticas tan detestables?

Levantóse Castelar, y por ser algo mas que la rana de la fábula que al fin se calló cuando la aplastó la carreta, gritó á lo Garrido: «Podemos discutir á Dios y á los reyes: Podemos discutir la religion y la dinastía.» Y aquí tienen Vds. al rufian de la soberbia y á la manceba del orgullo presentando en toda su desnudez las flaquezas de su pobre corazon. ¡Ay del dia en que se barra la casa! ¡Cuánta basura hay que echar en el muladar!

BUFONADAS.

El Sr. Montejo, ministro de Fomento, por sí y ante sí ha declarado inamovibles á sus empleados.

¡Viva la gracia Sr. Montejo! ¿Usted no necesita leyes? ¿Es una gracia particular que usted concede á los suyos?

Pues, señor, ya usted anuló las Córtes de una plumada.

Hombre, ¿y los otros ministerios seguirán sus contradanzas?

Que le echen guindas al Sr. Montejo.

Los progresistas y fronterizos se quieren deslindar, la linde que los separa es el presupuesto y unos y otros quieren agrandar la linde.

Creemos que no se deslindarán como cada uno no se lleve la mitad de la linde, ó toda, en cuyo caso deja al otro deslindado de lo lindo.

Por de pronto los progresistas y fronterizos están sobre la linde y sobre lo firme.

Pero el terreno se hunde.

Las alhajas de la Virgen del Pilar de Zaragoza han sido vendidas.

Era natural en una época en que todo está vendido.

¿Se sabe en cuánto? A cuenta de música: no decimos de misas porque estamos entre progresistas.

Por lo pronto la Virgen se queda sin joyas y nosotros nos quedamos por unos dias con las alhajas de la revolucion.

A pesar de que estas alhajas están vendidas tambien unas y otras en venta.

Nuestro querido amigo el Sr. Manterola ha publicado un nuevo folleto, cuyo título es *El espíritu carlista*.

El mérito de este trabajo corresponde á la fama del autor, y recomendamos su adquisicion á nuestros correligionarios.

Parece ser que al oír Rivero que el Sr. Manterola habia publicado su folleto titulado *El espíritu carlista*, exclamó:

—¡Bah! los carlistas son pan comido.

Pan bebido querria V. decir, D. Nicolás, le contestó uno.

Aludiendo un periódico radical á los nuevos gobernadores, ha dicho:

En los tiempos de D. Quijote se nombraba gobernadores á los *panzas*; pero hoy, por lo visto, se ha demostrado que es mejor nombrar á los *rúcios*.

La bufonada llega á la tetilla izquierda.

Como se ve, los progresistas han perdido la talla; pero pueden consolarse teniendo presente que han adquirido la alzada.

Dice un periódico muy formal: «Hace tres dias que no se hacen operaciones en la Bolsa.» ¿En qué bolsa?

Porque lo que es á la del país no queda que le hagan ya ninguna operacion.

Le han sacado hasta las esquirias.

La discusion del sábado dió por resultado saberse que el demócrata, Sr. Pellon, le habia dado un pellizco de catorce mil duros al Tesoro por una memoria.

Por la mitad vendo yo la mia sin ser demócrata.

El martes fué dia aciago: habló Garrido y dijo mu... chas atrocidades. Suñer tiene un discípulo aventajado.

Para celebrar la *Internacional* rebajó á la religion y al Papa.

¿Y son estos los agarraderos de Ruiz Zorrilla?

Si Garrido tuviese algo que le quemasen mas que el sombrero de paja, ya hablaria como hablan las gentes.

Pero ese modo de discurrir, no es de Congresos. Así se discurre en los *cafés* de que habló el Sr. Jove y Hevia.

La primera visita del ministro de la Gobernacion Sr. Candau, ha sido para las chicas de rompe y rasga que están en el Hospital de la Princesa en régimen de curacion.

No censuro este acto de filantropia ministerial. Pero dice un periódico que el Sr. Candau las obsequió con un excelente discurso.

Ignoro si aquellas chicas le habrian agradecido mas al Sr. Candau una onza de oro que el celemin de palabras que las dedicó; pero lo que yo desearia saber es si le contestaron así:

—¡Bendito seas, hermoso!

Allá va un chiste de Garrido:

«El Papa es extranjero, y si no que presente su cédula de vecindad.»

Qué gracioso, hombre, qué gracioso.

Yo no se cómo Ortego y Arderius, si saben aprovechar bien estos asuntos, no ganan mas millones que los que han ganado los cimbríos en sus tres años de buen gobierno.

Hé aqui una muestra de la ilustracion de Garrido. Ha dicho:

«Los jesuitas predicán el regicidio y algunos han subido al cadalso por este crimen.»

Una voz.—¿Quiénes son?

Garrido.—Jacobó Clemente, Ravailac...

La misma voz.—El primero fué dominico.

Garrido.—Lo mismo dá.

Así, compadre, así.

Si sale con barba, San An'ón, y si con mucha panza, Ferrer del Rio.

Olé.

Un orador internacionalista decia que ellos no tenían patria, que iban á todas partes, lo mismo á Turquía que á Rusia con idéntico objeto.

Uno que oyó el relato de este discurso, contestó: Posible es que donde paren mas sea en Inglaterra y entre ingleses.

El domingo largó un discurso una ciudadana *internacionalista* en el teatro de Rossini, que no dejó nada que desear.

Decia esta prógima que la palabra patria es absurda.

¿Qué dirán sobre esto los patriotas del dia, que á cada bocado que toman del presupuesto invocan el nombre de la patria?

Luego dijo que creeria en Dios cuando se le presentase uno palpable que le dijese: «Yo soy Dios.»

Lo que á esta ciudadana debe hacerla falta es palpar la rueca y las agujas de hacer calceta.

¡Cuánta barbaridad, señor, cuánta barbaridad!

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores cuyo abono termina en fin del presente se servirán renovarle sino quieren experimentar retraso en el recibo del número.

Igual encargo hacemos á los corresponsales y vendedores.

ANUNCIO.

DON CARLOS,

EL PETROLEO,

POR

D. VICENTE DE MANTEROLA.

Este interesantísimo folleto se halla de venta en Madrid en las librerías de Olamendi, Tejado, Lopez, Aguado, San Martin, Durán y Cuesta.

Los pedidos de provincias se dirigirán al editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle del Barco, núm. 9 primero, cuarto tercero, Madrid, acompañando el importe.

Precio: DOS REALES en Madrid y DOS Y MEDIO en provincias, franco de port.

Madrid: 1871.—Imp. á cargo de J. J. de las Heras, S. Gregorio, 5